Homilía

¡Qué bella es Puebla! ¡Qué bella es la Iglesia de Puebla, que Dios mismo ha ido formando y acompañando a lo largo de más de quinientos años! Qué bella es su historia de santidad y evangelización, su testimonio de fe, su parresía, su devoción a la Santísima Virgen María y su fecundidad espiritual en sus sacerdotes, en la vida consagrada, en los seminaristas y en los laicos bautizados, activos y propositivos.

Hoy agradecemos a Dios por sus pastores y por todas aquellas personas que han entregado su vida por los demás. Agradecemos de corazón los 17 años de servicio de nuestro querido arzobispo, monseñor Víctor Sánchez Espinosa.

Queridos hermanos, hoy vienen a nuestra casa las comunidades de nuestra arquidiócesis. Venimos a escuchar la palabra de Jesús, a compartir su cuerpo y su sangre, y a unir nuestras voces en una sinfonía de gratitud, bendiciones, sueños y compromisos. Estos nacen de corazones que se sienten amados por Dios y llamados a amar; corazones abiertos a una belleza superior: la belleza de Dios, que se expresa en su palabra viva y siempre nos invita a dejarnos sorprender por la novedad del Evangelio y por la fuerza de un Pentecostés continuo.

¿Qué indicaciones recibimos hoy de la palabra de Dios para que la riqueza de Puebla no se marchite ni se corrompa?

El profeta Ezequiel nos presenta a Dios como el origen de toda riqueza: «Yo mismo saldré a buscar a mis ovejas y las encontraré. Las cuidaré, las traeré de regreso a su casa, las atenderé y fortaleceré». Jesucristo es el buen pastor, el que nos llama porque nos ama y nos sostiene. Que nadie se sienta olvidado o lejos del buen pastor; que nadie se sienta lejos del amor de la Iglesia.

Hoy, los sacerdotes, las personas consagradas y los seminaristas podemos renovar nuestra alegría de ser pastores según el corazón de Cristo, el buen pastor. El salmo nos lo recuerda: «El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace descansar. Aunque camine por valles tenebrosos, no temo peligro alguno, porque tú estás a mi lado».

Jesucristo inspira nuestra confianza. Su bondad y su ternura nos acompañan. Desde el fondo del corazón te decimos: «Jesucristo, en ti confiamos». Nuestra esperanza no está en nuestras tradiciones, construcciones humanas ni seguridades: nos apoyamos en Jesucristo, camino, verdad y vida. Él está con nosotros y nunca nos abandona.

El Evangelio nos clarifica de dónde surge la verdadera belleza cristiana. La belleza de Puebla nace del amor. La belleza de Puebla es el amor, que es Dios mismo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo

tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

El amor es la única riqueza que perdura. El amor a Dios y al prójimo transforma el egoísmo en generosidad, la indiferencia en solidaridad, la división en reconciliación y la violencia en fraternidad.

El poder del amor de Cristo convierte nuestro pecado en una oportunidad constante de conversión, de mejora y de encuentro con la misericordia. Que la belleza del amor de Cristo no se quede encerrada en templos hermosos. Hagamos llegar el amor de Dios a todos los hogares, a las escuelas, las universidades, los hospitales, los centros de trabajo, las comunidades rurales más lejanas y todos los ambientes de la sociedad.

El amor de Dios se refleja cuando las familias se aman, se perdonan y permanecen unidas; cuando los niños crecen en la fe, los jóvenes encuentran motivos para esperar y sonreír, y nuestros ancianos son valorados.

La belleza de Puebla brilla cuando los pobres son atendidos y las personas más necesitadas son tratadas con justicia; cuando se respeta la dignidad humana y la vida, desde su concepción hasta su fin natural.

San Pablo, al escribir a los filipenses, también nos exhorta: tengan los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús. Es una invitación a vivir unidos, compartir un mismo amor, superar las rivalidades y reconocer humildemente el valor de cada persona.

La Iglesia y la sociedad se construyen con la entrega de todos. Cada uno aporta sus dones, su testimonio y sus sacrificios. Construimos la comunión con humildad y generosidad.

Queremos una Iglesia donde los sacerdotes aprendamos cada día a vivir la alegría de la fraternidad presbiteral y el servicio desinteresado al pueblo de Dios; donde las personas consagradas compartan con sencillez sus carismas; donde los seminaristas escuchen y respondan al llamado de Jesucristo con sinceridad y autenticidad; y donde los fieles laicos sean evangelizadores directos de las realidades sociales, culturales, políticas y económicas.

Una Iglesia donde los jóvenes participen y los adultos los apoyemos; donde todas las vocaciones se complementen y enriquezcan.

Queridas hermanas y queridos hermanos, interpela nuestra realidad la pobreza, la violencia, la corrupción, la injusticia, la soledad y tantas situaciones que lastiman la dignidad humana. Miremos la realidad con ojos de fe, con la esperanza y el compromiso de embellecer a México y a Puebla con

una Iglesia cercana, alegre y misionera, donde el amor de Jesucristo calme los corazones y transforme nuestras relaciones sociales.

Les propongo responder al llamado de Dios y decir, desde el Evangelio, una expresión que nos acompañe todos los días. Inspirémonos en las enseñanzas de *Magnifica humanitas*, del papa León XIV, en *La alegría del Evangelio*, del papa Francisco, y en el documento de Aparecida de nuestros obispos latinoamericanos.

Como nos decía monseñor Tomás: «Con María, todos discípulos y misioneros». Es una frase que expresa una profesión de fe, una espiritualidad basada en el amor y un programa pastoral. Con María, no caminamos solos: caminamos acompañados por la madre de Jesús, nuestra buena madre. Ella nos enseña, con sus brazos maternos, el corazón paternal de Dios.

Como en las bodas de Caná, María nos dice todos los días: «Hagan lo que él les diga». María nos reúne, nos escucha y ora con nosotros, como lo hizo con los apóstoles en Pentecostés, para que nos dejemos guiar por el Espíritu Santo.

Todos somos llamados. Todos somos amados por Dios. Todos tenemos algo que compartir. Todos hemos recibido dones e iniciativas del Espíritu Santo. Todos somos necesarios.

Como nos dijo el papa León XIV: «Todos con Cristo, todos con Cristo, todos con Cristo».

Ser discípulos significa estar y permanecer con el maestro, cultivar nuestro corazón y configurarlo con el suyo. Significa dejar que su manera de amar nos eduque en la sencillez, la humildad y la confianza; alejarnos de las apariencias externas y de toda vanidad; seguir sus pasos y tomar decisiones de vida de acuerdo con el Evangelio, incluso cuando ello exige esfuerzo, valentía y renuncia.

Significa amar como Cristo nos ama, sin dejarnos vencer por el egoísmo y la prepotencia que están de moda.

El amor recibido no se encierra en sí mismo: se comparte, se difunde y se multiplica. Como misioneros, salimos al encuentro de los demás y anunciamos con alegría los valores del Evangelio. Hacemos visibles, con nuestra propia vida, la honestidad, la fraternidad y el servicio de Cristo.

No somos discípulos de una ideología, promotores de un partido político ni una simple organización humana. Cristo es el centro de nuestra fe, el fundamento de nuestra unidad y la alegría de nuestra esperanza. Cristo, ayer, hoy y siempre.

Como discípulos misioneros, cultivemos cinco aspectos de nuestra cultura vocacional.

Primero, sembrar: sembremos siempre, favoreciendo el encuentro con Cristo y anunciando el kerigma: que Jesucristo murió y resucitó en medio de una cultura de muerte. Anunciemos con alegría que Dios nos amó primero.

Segundo, acompañar con cercanía, como lo hizo Jesús con los discípulos, caminando juntos y compartiendo dudas y certezas, alegrías y también oscuridades.

Tercero, educar con esperanza, que da sentido a la vida y nos hace crecer en el conocimiento y en el amor de Jesús, de los demás y de nosotros mismos.

Cuarto, formar en la comunión: en la unión de corazones, en las relaciones de amistad y en la hermandad.

Quinto, discernir y vivir la misión, ayudándonos a responder esta pregunta: «¿Qué quiere Dios de mí? ¿Qué quiere Dios de nosotros para que transformemos las realidades inhumanas que nos rodean?».

Al inicio de mi intervención les hablaba de ustedes y con ustedes. Les invito a asumir el compromiso de enriquecer nuestra amada Iglesia, haciendo brotar desde la interioridad de cada poblano una belleza que viene de Dios, no de nosotros mismos: una belleza marcada por la fe, que nos mueve en la esperanza y activa todo el amor que el Espíritu Santo ha suscitado en nuestro corazón.

Con María: todos discípulos y misioneros del Espíritu. Una vez más: con María.